

Álvaro de Campos

Al gran fumador turco de manos como aspas

TABAQUERÍA, DATADO EN 1928, es uno de los poemas fundamentales del siglo pasado, entre J. Alfred Prufrock y Álvaro de Campos, sombras, desdoblamientos o ahondamientos poderosos de T. S. Eliot y Fernando Pessoa, nos fue dado un retrato de la hesitación, angustia, locura y miedo del hombre de nuestros días.

Quise rescatar lo ríspido, volátil o tosco de la sintaxis del heterónimo pessoano, ahí florecen y arraigan con naturalidad sus iluminaciones.

TABAQUERÍA

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto,
De mi cuarto de uno de los millones del mundo en que nadie sabe quién es
(¿Y si supiesen quién es, qué sabrían?)
Dais para el misterio de una calle cruzada constantemente por gente,
Para una calle inaccesible a todos los pensamientos,
Real, imposiblemente real, cierta, desconocidamente cierta,
Con el misterio de las cosas por debajo de las piedras y de los seres,
Con la muerte que pone humedad en las paredes y cabellos blancos en los hombres,
Con el Destino que conduce la carroza de todo por el camino de nada.

Estoy vencido hoy, como si supiese la verdad.
 Estoy lúcido hoy, como si estuviese para morir,
 Y no tuviese más hermandad con las cosas
 Sino una despedida, volviéndose esta casa y este lado de la calle
 La hilera de vagones de un tren, y una partida pitada
 De adentro de mi cabeza,
 Y una sacudida de mis nervios y un crujir de huesos en la ida.

Estoy perplejo hoy, como quien pensó y creyó y olvidó.
 Estoy dividido hoy entre la lealtad que debo
 A la tabaquería al otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
 Y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Fallé en todo.
 Como no me hice ningún propósito, tal vez todo sea nada.
 El aprendizaje que me dieron,
 Descendí de él por la ventana de los fondos de la casa.
 Fui hasta el campo con grandes propósitos.
 Mas, allá encontré sólo yerbas y árboles,
 Y cuando había gente era igual a la otra.
 Salgo de la ventana, me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?

¿Qué sé yo de lo que seré, yo que no sé lo que soy?
 ¿Ser lo que pienso? ¡Mas pienso tantas cosas!
 ¡Y hay tantos que piensan ser la misma cosa que no puede haber tantos!
 ¿Genio? En este momento
 Cien mil cerebros se conciben en el sueño genios como yo,
 Y la historia no marcará, ¿quién sabe?, ni uno,
 Ni habrá sino estiércol de tantas conquistas futuras.
 No, no creo en mí.
 ¡En todos los manicomios hay idiotas locos con tantas certezas!
 Yo, que no tengo ninguna certeza, ¿soy más cierto o menos cierto?
 No, ni en mí...
 ¿En cuántas buhardillas y no-buhardillas del mundo
 No están en esta hora genios-para-sí-mismos soñando?
 ¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas
 —Sí, verdaderamente altas y nobles y lúcidas—,
 Y quien sabe si realizables,
 Nunca verán la luz del sol real ni encontrarán oídos de gente?
 El mundo es para quien nace para conquistarlo
 Y no para quien sueña que puede conquistarlo, aunque tenga razón.
 He soñado más de lo que Napoleón hizo.
 He apretado a un pecho hipotético más humanidades que Cristo,



Sin título (2005). Tinta sobre papel:
 Jesús A. Martínez.

He hecho filosofías en secreto que ningún Kant escribió.
 Mas soy, y tal vez seré siempre, el de la buhardilla,
 Aunque no viva en ella;
 Seré siempre *el que no nació para eso*;
 Seré siempre *sólo el que tenía cualidades*;
 Seré siempre el que esperó que le abriesen la puerta al pie de una pared sin puerta,
 Y cantó la cantiga del Infinito en un gallinero,
 Y oyó la voz de Dios en un pozo tapado.
 ¿Creer en mí? No, ni en nada.
 Me derrame la Naturaleza sobre la cabeza ardiente
 Su sol, su lluvia, el viento que me halla el cabello,
 Y el resto que venga si viniere, o tuviera que venir, o no venga.
 Esclavos cardíacos de las estrellas,
 Conquistamos todo el mundo antes de levantarnos de la cama;
 Mas despertamos y es opaco,
 Nos levantamos y es ajeno,
 Salimos de casa y es la tierra entera,
 Más el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido.

(¡Come chocolates, pequeña;
 Come chocolates!
 Mira que no hay más metafísica en el mundo sino chocolates.
 Mira que las religiones todas no enseñan más que la confitería.
 ¡Come, pequeña sucia, come!
 ¡Si pudiese comer chocolates con la misma verdad con que comes!
 Mas yo pienso y, al tirar el papel de plata, que es de papel de estaño,
 Tiro todo al suelo, como he tirado la vida.)

Mas al menos queda de la amargura de lo que nunca seré
 La caligrafía rápida de estos versos,
 Pórtico partido hacia lo Imposible.
 Mas al menos consagro para mí mismo un desprecio sin lágrimas,
 Noble al menos en el gesto largo con que tiro
 La ropa sucia que soy, sin relación, para el decurso de las cosas,
 Y me quedo en casa sin camisa.

(¡Tú que consuelas, que no existes y por eso consuelas,
 O diosa griega, concebida como estatua que fuese viva,
 O patricia romana, imposiblemente noble y nefasta,
 O princesa de trovadores, gentilísima y colorida,
 O marquesa del siglo dieciocho, escotada y lejana,
 O cocotte célebre del tiempo de nuestros padres,
 O no sé qué moderno —no concibo bien el qué—

Todo eso, sea lo que sea, que seas, si puede inspirar que inspire!
 Mi corazón es un balde vaciado.
 Como los que invocan espíritus me invoco
 A mí mismo y no encuentro nada.
 Llego a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta.
 Veo las tiendas, veo las banquetas, veo los carros que pasan,
 Veo los entes vivos vestidos que se cruzan,
 Veo los perros que también existen,
 Y todo esto me pesa como una condenación al destierro,
 Y todo esto es extranjero, como todo.)

Viví, estudié, amé y hasta creí,
 Y hoy no hay mendigo que yo no envidie sólo por no ser yo.
 Miro a cada uno los andrajos y las llagas y la mentira,
 Y pienso: tal vez nunca vivieses ni estudiases ni amases ni creyeses
 (Porque es posible hacer la realidad de todo eso sin hacer nada de eso);
 Tal vez hayas existido apenas, como un lagarto a quien cortan el rabo
 Y que es rabo para este lado del lagarto agitadamente.

Hice de mí lo que no supe
 Y lo que podía hacer de mí no lo hice.
 El dominó que vestí era errado.
 Me conocieron luego por quien no era y no desmentí, y me perdí.
 Cuando quise quitar la máscara,
 Estaba pegada a la cara.



Sin título (2005). Tinta sobre papel: Jesús A. Martínez.



Cuando la quité y me vi al espejo,
Ya había envejecido.
Estaba borracho, ya no sabía vestir el dominó que no me había quitado.
Arrojé la máscara y dormí en el vestuario
Como un perro tolerado por la gerencia
Por ser inofensivo
Y voy a escribir esta historia para probar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos inútiles,
Quien me diera encontrarte como cosa que yo hiciese,
Y no quedase siempre enfrente de la Tabacquería de enfrente,
Pisando a los pies la conciencia de estar existiendo,
Como un tapete en que un borracho tropieza
O un felpudo que los gitanos robaran y no valía nada.

Mas el Dueño de la Tabacquería llegó a la puerta y permaneció en la puerta.
Lo miro con la incomodidad de la cabeza mal volteada
Y con la incomodidad del alma mal-entendiendo.
Él morirá y yo moriré.
Él dejará el letrero, yo dejaré los versos.
A cierta altura morirá el letrero también, y los versos también.
Después de cierta altura morirá la calle donde estuvo el letrero,
Y la lengua en que fueron escritos los versos.



Sin título (2005). Tinta sobre papel: Jesús A. Martínez.

Morirá después el planeta girante en que todo esto se dio.
 En otros satélites de otros sistemas cualquier cosa como gente
 Continuará haciendo cosas como versos y viviendo debajo de cosas como letreros,
 Siempre una cosa enfrente de la otra,
 Siempre una cosa tan inútil como la otra,
 Siempre lo imposible tan estúpido como lo real,
 Siempre el misterio del fondo tan cierto como el sueño de misterio de la superficie,
 Siempre esto o siempre otra cosa o ni una cosa ni otra.

Mas un hombre entró en la Tabaquería (¿a comprar tabaco?)
 Y la realidad plausible cae de repente encima de mí.
 Me semiyergo enérgico, convencido, humano,
 Y voy a intentar escribir estos versos en que digo lo contrario.

Enciendo un cigarro al pensar en escribirlos.
 Y saboreo en el cigarro la liberación de todos los pensamientos.
 Sigo el humo como una ruta propia,
 Y gozo, en un momento sensitivo y competente,
 La liberación de todas las especulaciones
 Y la consciencia de que la metafísica es una consecuencia de estar malhumorado.

Después me recuesto hacia atrás en la silla
 Y continúo fumando.
 Mientras el Destino me lo conceda, continuaré fumando.

(Si me casase con la hija de mi lavandera
 Tal vez fuese feliz.)
 Visto esto, me levanto de la silla. Voy a la ventana.

El hombre salió de la Tabaquería (¿metiendo cambio en el bolsillo de los pantalones?).
 Ah, lo conozco; es Esteves sin metafísica.
 (El Dueño de la Tabaquería llegó a la puerta.)
 Como por un instinto divino Esteves se volteó y me vio.
 Me hizo adiós, le grité ¡Adiós Esteves!, y el universo
 Se me reconstruyó sin ideal ni esperanza, y el Dueño de la Tabaquería sonrió.



Sin título (2005). Tinta sobre
 papel: Jesús A. Martínez.

TABACARIA

Não sou nada.
Nunca serei nada.
Não posso querer ser nada.
À parte isso, tenho em mim todos os sonhos do mundo.

Janelas do meu quarto,
Do meu quarto de um dos milhões do mundo que ninguém sabe quem é
(E se soubessem quem é, o que saberiam?),
Dais para o mistério de uma rua cruzada constantemente por gente,
Para uma rua inacessível a todos os pensamentos,
Real, impossivelmente real, certa, desconhecidamente certa,
Com o mistério das coisas por baixo das pedras e dos seres,
Com a morte a por umidade nas paredes e cabelos brancos nos homens,
Com o Destino a conduzir a carroça de tudo pela estrada de nada.

Estou hoje vencido, como se soubesse a verdade.
Estou hoje lúcido, como se estivesse para morrer,
E não tivesse mais irmandade com as coisas
Senão uma despedida, tornando-se esta casa e este lado da rua
A fileira de carruagens de um comboio, e uma partida apitada
De dentro da minha cabeça,
E uma sacudidela dos meus nervos e um ranger de ossos na ida.

Estou hoje perplexo, como quem pensou e achou e esqueceu.
Estou hoje dividido entre a lealdade que devo
À Tabacaria do outro lado da rua, como coisa real por fora,
E à sensação de que tudo é sonho, como coisa real por dentro.

Falhei em tudo.
Como não fiz propósito nenhum, talvez tudo fosse nada.
A aprendizagem que me deram,
Desci dela pela janela das traseiras da casa.
Fui até ao campo com grandes propósitos.
Mas lá encontrei só ervas e árvores,
E quando havia gente era igual à outra.
Saio da janela, sento-me numa cadeira. Em que hei de pensar?

Que sei eu do que serei, eu que não sei o que sou?
Ser o que penso? Mas penso tanta coisa!
E há tantos que pensam ser a mesma coisa que não pode haver tantos!
Gênio? Neste momento

Cem mil cérebros se concebem em sonho gênios como eu,
 E a história não marcará, quem sabe?, nem um,
 Nem haverá senão estrume de tantas conquistas futuras.
 Não, não creio em mim.
 Em todos os manicômios há doidos malucos com tantas certezas!
 Eu, que não tenho nenhuma certeza, sou mais certo ou menos certo?
 Não, nem em mim...
 Em quantas mansardas e não-mansardas do mundo
 Não estão nesta hora gênios-para-si-mesmos sonhando?
 Quantas aspirações altas e nobres e lúcidas -
 Sim, verdadeiramente altas e nobres e lúcidas -,
 E quem sabe se realizáveis,
 Nunca verão a luz do sol real nem acharão ouvidos de gente?
 O mundo é para quem nasce para o conquistar
 E não para quem sonha que pode conquistá-lo, ainda que tenha razão.
 Tenho sonhado mais que o que Napoleão fez.
 Tenho apertado ao peito hipotético mais humanidades do que Cristo,
 Tenho feito filosofias em segredo que nenhum Kant escreveu.
 Mas sou, e talvez serei sempre, o da mansarda,
 Ainda que não more nela;
 Serei sempre *o que não nasceu para isso*;
 Serei sempre *só o que tinha qualidades*;
 Serei sempre o que esperou que lhe abrissem a porta ao pé de uma parede sem porta,
 E cantou a cantiga do Infinito numa capoeira,
 E ouviu a voz de Deus num poço tapado.
 Crer em mim? Não, nem em nada.
 Derrame-me a Natureza sobre a cabeça ardente
 O seu sol, a sua chuva, o vento que me acha o cabelo,
 E o resto que venha se vier, ou tiver que vir, ou não venha.
 Escravos cardíacos das estrelas,



Sin título (2005). Tinta sobre papel: Jesús A. Martínez.

Conquistamos todo o mundo antes de nos levantar da cama;
Mas acordamos e ele é opaco,
Levantamo-nos e ele é alheio,
Saímos de casa e ele é a terra inteira,
Mais o sistema solar e a Via Láctea e o Indefinido.

(Come chocolates, pequena;
Come chocolates!
Olha que não há mais metafísica no mundo senão chocolates.
Olha que as religiões todas não ensinam mais que a confeitaria.
Come, pequena suja, come!
Pudesse eu comer chocolates com a mesma verdade com que comes!
Mas eu penso e, ao tirar o papel de prata, que é de folha de estanho,
Deito tudo para o chão, como tenho deitado a vida.)

Mas ao menos fica da amargura do que nunca serei
A caligrafia rápida destes versos,
Pórtico partido para o Impossível.
Mas ao menos consagro a mim mesmo um desprezo sem lágrimas,
Nobre ao menos no gesto largo com que atiro
A roupa suja que sou, em rol, pra o decurso das coisas,
E fico em casa sem camisa.

(Tu que consolas, que não existes e por isso consolas,
Ou deusa grega, concebida como estátua que fosse viva,
Ou patrícia romana, impossivelmente nobre e nefasta,
Ou princesa de trovadores, gentilíssima e colorida,
Ou marquesa do século dezoito, decotada e longínqua,
Ou cocote célebre do tempo dos nossos pais,
Ou não sei quê moderno –não concebo bem o quê–



Sin título (2005). Tinta sobre papel: Jesús A. Martínez.



Tudo isso, seja o que for, que sejas, se pode inspirar que inspire!
Meu coração é um balde despejado.
Como os que invocam espíritos invocam espíritos invoco
A mim mesmo e não encontro nada.
Chego à janela e vejo a rua com uma nitidez absoluta.
Vejo as lojas, vejo os passeios, vejo os carros que passam,
Vejo os entes vivos vestidos que se cruzam,
Vejo os cães que também existem,
E tudo isto me pesa como uma condenação ao degredo,
E tudo isto é estrangeiro, como tudo.)

Vivi, estudei, amei e até cri,
E hoje não há mendigo que eu não inveje só por não ser eu.
Olho a cada um os andrajos e as chagas e a mentira,
E penso: talvez nunca vivesses nem estudasses nem amasses nem cresses
(Porque é possível fazer a realidade de tudo isso sem fazer nada disso);
Talvez tenhas existido apenas, como um lagarto a quem cortam o rabo
E que é rabo para alguém do lagarto remexidamente

Fiz de mim o que não soube
E o que podia fazer de mim não o fiz.
O dominó que vesti era errado.
Conheceram-me logo por quem não era e não desmenti, e perdi-me.
Quando quis tirar a máscara,
Estava pegada à cara.
Quando a tirei e me vi ao espelho,
Já tinha envelhecido.
Estava bêbado, já não sabia vestir o dominó que não tinha tirado.
Deitei fora a máscara e dormi no vestiário
Como um cão tolerado pela gerência
Por ser inofensivo
E vou escrever esta história para provar que sou sublime.

Essência musical dos meus versos inúteis,
Quem me dera encontrar-me como coisa que eu fizesse,
E não ficasse sempre defronte da Tabacaria de defronte,
Calcando aos pés a consciência de estar existindo,
Como um tapete em que um bêbado tropeça
Ou um capacho que os ciganos roubaram e não valia nada.

Mas o Dono da Tabacaria chegou à porta e ficou à porta.
Olho-o com o desconforto da cabeça mal voltada
E com o desconforto da alma mal-entendendo.
Ele morrerá e eu morrerei.

Ele deixará a tabuleta, eu deixarei os versos.
 A certa altura morrerá a tabuleta também, os versos também.
 Depois de certa altura morrerá a rua onde estive a tabuleta,
 E a língua em que foram escritos os versos.
 Morrerá depois o planeta girante em que tudo isto se deu.
 Em outros satélites de outros sistemas qualquer coisa como gente
 Continuará fazendo coisas como versos e vivendo por baixo de coisas como tabuletas,
 Sempre uma coisa defronte da outra,
 Sempre uma coisa tão inútil como a outra,
 Sempre o impossível tão estúpido como o real,
 Sempre o mistério do fundo tão certo como o sono de mistério da superfície,
 Sempre isto ou sempre outra coisa ou nem uma coisa nem outra.

Mas um homem entrou na Tabacaria (para comprar tabaco?)
 E a realidade plausível cai de repente em cima de mim.
 Semiergo-me enérgico, convencido, humano,
 E vou tencionar escrever estes versos em que digo o contrário.

Acendo um cigarro ao pensar em escrevê-los
 E saboreio no cigarro a libertação de todos os pensamentos.
 Sigo o fumo como uma rota própria,
 E gozo, num momento sensitivo e competente,
 A libertação de todas as especulações
 E a consciência de que a metafísica é uma consequência de estar mal disposto.

Depois deito-me para trás na cadeira
 E continuo fumando.
 Enquanto o Destino mo conceder, continuarei fumando.

(Se eu casasse com a filha da minha lavadeira
 Talvez fosse feliz.)
 Visto isto, levanto-me da cadeira. Vou à janela.

O homem saiu da Tabacaria (metendo troco na algibeira das calças?).
 Ah, conheço-o; é o Esteves sem metafísica.
 (O Dono da Tabacaria chegou à porta.)
 Como por um instinto divino o Esteves voltou-se e viu-me.
 Acenou-me adeus, gritei-lhe Adeus ó Esteves!, e o universo
 Reconstruiu-se-me sem ideal nem esperança, e o Dono da Tabacaria sorriu.

SERGIO ERNESTO RÍOS. Ha publicado los libros *Piedrapizarnik*, *De cetrería*, *Semeño*, *searching the toilet in Juárez av.* y *Mi nombre de guerra es Albión*. Aparece en las antologías de poesía mexicana reciente: *Divino tesoro* y *Nosotros que nos queremos tanto*. Mantiene el blog Hangar: <http://hangar-sergio.blogspot.com/>